

EL DARDO

**Leopoldo
Fernández**



Fontán

Seguramente, su nombre dirá poco, o nada, a mucha gente. Primer presidente del Senado tras la llegada de la democracia y ministro de Administración Territorial con Adolfo Suárez, Antonio Fontán no tuvo después gran proyección en la vida pública española. Tal vez su natural humildad y modestia le llevaron a actuar siempre con la misma discreción y sencillez con que vivió. Pero se trata sin duda de un gran hombre. Con un destacadísimo sentido del Estado y del deber. Firme y perseverante en sus convicciones más profundas, desde la religiosidad al amor a la libertad y la democracia. De la mano de mi inolvidable maestro y amigo, Antonio Herrero Losada, tuve el privilegio de conocerle en los estertores del franquismo, cuando el ejercicio periodístico constituía un compromiso de muy difícil realización. Sólo el sentido de la libertad y de la responsabilidad hacía posible que personas como él fueran un modelo palmario para quienes nos iniciábamos en la profesión. Sus consejos, el testimonio de sus propias convicciones, su práctica del entendimiento caballeroso y su admirable capacidad para enseñar me marcaron en aquellos años en que, yo desde la agencia Europa Press y él desde la dirección del periódico *Madrid*, mantuvimos frecuentes contactos, personales y profesionales. Gran hacedor y maestro de periodistas -así pueden acreditarlo los Gozalo, Aguilar, Oneto, De Juan y tantos otros destacados colegas, a los que tuteló y amparó en el simpar diario, tan injustamente cerrado luego por el régimen franquista-, columnista profundo y fino analista de la Historia, Fontán fue una de las principales figuras de la transición, aunque su labor sea desconocida por la inmensa mayoría de la clase política. Componentor de soluciones, dialogante y proclive siempre a los consensos en aquella difícil etapa, desde la oposición democrática primero y desde la UCD después, fue capaz de apaciguar a exaltados de derecha e izquierda y de ser respetado y aun reclamado desde la Casa Real y desde otras altas instituciones del Estado para tareas de mediación y grave responsabilidad que quizás con el tiempo convenga sacar a la luz. Orteguiano, autonomista, inteligente y cultísimo, gran conversador y liberal confeso, Antonio Fontán ha sido un lujo como persona, como periodista y como catedrático de Filología Latina. Abrió caminos de libertad y sembró la política y el periodismo con virtudes y ejemplos admirables de buen hacer. Su mensaje vital, que dejó escrito antes de morir, es un ejemplo de religiosidad, de su sentido de la vida y de la trascendencia, y de amor a Dios. Una confesión de fe y entrega que le retrata como hombre de bien.